

La filosofía: modos de uso

Mesa 9. Importancia de la actualización de la didáctica

- Línea de investigación: enseñanza de la filosofía

Dra. Esther Charabati Nehmad

chara2005@gmail.com

Universidad Nacional Autónoma de México

Abstract

La filosofía como asignatura ha ido desdibujándose en casi toda la Educación Media Superior, al menos en los subsistemas dependientes de la SEP. En los bachilleratos dependientes de la UNAM se mantiene -como formación humanística clásica-, orientada a la historia de la filosofía y a los autores más relevantes. En cambio, en el Colegio de Bachilleres, el énfasis está en el análisis de los problemas actuales desde perspectivas filosóficas.

Si bien cada una de estas perspectivas -que han sido analizadas y defendidas a lo largo de la historia de la filosofía- muestra fortalezas y beneficios para los estudiantes, la realidad nos muestra que el objetivo principal -que el estudiante piense por sí mismo- no siempre se logra. La asignatura no suele ser valorada por los alumnos, que a menudo replican una idea muy difundida, aunque muy alejada de la realidad: la filosofía no sirve para nada.

¿Por qué la filosofía no les “sirve para nada” a los estudiantes del nivel medio superior? ¿Es un problema de intereses, de métodos o de contenidos? ¿Cómo se forman los docentes que imparten esta materia? ¿Es buena idea eliminarla o integrarla en otras materias? En esta ponencia nos plantearemos estas y otras preguntas.

LA FILOSOFÍA, MODOS DE USO

El ocaso de la filosofía escolar debería haber sido previsto desde hace varias décadas, antes de que la educación se convirtiera en una mercancía y la filosofía en un saldo que había que liquidar. Las autoridades actuaron de forma expedita, sólo la resistencia de algunos educadores logró mantenerla como asignatura en el nivel medio superior.

Sin embargo, afirma Gabriel Vargas Lozano, la ofensiva en contra de la enseñanza filosófica requiere la acción de toda la sociedad, es necesario enseñarla y divulgarla:

“La educación filosófica es una educación humanística integral que debe ser desarrollada en nuestra sociedad. Es por esta razón que los profesores e investigadores de filosofía deberían propiciar un cambio en lo que respecta a la necesidad e importancia de la educación filosófica para todos sin que ello signifique abandonar sus propias investigaciones en el nivel que deseen profundizarlas. Pero aún en este caso, es necesario que un público más amplio acceda al reconocimiento de su importancia” (Vargas, 2013)

Cierto que la filosofía nunca ha sido muy popular, pero quizás habría que dar el beneficio de la escucha a los estudiantes -influidos, de por sí, por el discurso dominante que devalúa las humanidades- que no solo no lucharon para conservarla, sino que la vivían como una materia aburrida y bastante... inútil. Como docentes y como adultos hemos tratado de depositar la responsabilidad en los estudiantes... ¿Por qué tantos mantienen una actitud apática hacia la filosofía? ¿Por qué no quieren pensar por sí mismos? ¿Será, como afirmaba Kant, por pereza y cobardía? O tal vez no quieren interrumpir el flujo de la vida y el movimiento para ponerse a pensar en temas que les parecen ajenos. Y tampoco están dispuestos a plantear preguntas en clase por miedo a que sus compañeros -o incluso el maestro- se burle de ellos.

Asumiendo que la responsabilidad está de nuestro lado -los docentes- puesto que recibimos la formación y, además, un pago por el trabajo, me pregunto por qué no hemos logrado “dar en el clavo”: ¿Será un problema de claridad en los objetivos, de

formación de los docentes o una dificultad para adaptarla a los intereses de los jóvenes?, ¿Podría ser un problema de métodos o de contenidos? ¿Cómo se forman los docentes que imparten esta materia? ¿Es buena idea eliminarla o integrarla en otras materias? Demasiadas preguntas para una ponencia.

Las distintas opciones derivan de objetivos distintos: los planes de estudio han concebido esta asignatura como historia del pensamiento, como formación ética, como herramienta crítica... personalmente, soy mucho más ambiciosa. Yo esperarí que la filosofía ayude a las personas a liberarse de la servidumbre de la opinión pública y de lo útil, a combatir el fanatismo, a tener un pensamiento propio que los lleve a tomar postura, a traspasar la piel de la realidad, a salir de una existencia anestesiada por el mercado, a cuestionar sus propios prejuicios y dogmas, a que amplíen sus horizontes para que multipliquen formas de ver la realidad, a escapar de la obsesión por los resultados y de la especialización que fragmenta; que asuman que no todo lo técnicamente posible es éticamente correcto, que perciban la tensión entre libertad y poder; también esperarí que les sirviera para defender sus derechos, para que encuentren su lugar en el mundo; para que luchen por una sociedad justa... Además de esto, creo que la filosofía debería brindarles herramientas específicas para organizar su pensamiento, exponer sus argumentos y para aprender a dudar y a dialogar. Como ven, mi ambición es desmedida, pero no creo que una debe limitar sus deseos... la realidad se encarga.

Lo bueno de esta carta de deseos es que la mayoría de los profesores de filosofía la suscribirían, o al menos eso creo. Lo malo es que hay que decir cómo transformar las esperanzas en propuestas... Bajemos a la tierra. A una sociedad en la que las personas buscan recetas para vivir en libros y videos de autoayuda y coaches para resolver problemas cotidianos: en vez de preguntarse qué es la felicidad, viven obsesionados con alcanzarla. ¿Cómo hemos enfrentado esta situación? ¿Cuáles son nuestras herramientas?

Adolfo Gómez León declara que "La Filosofía es un intento racional, aunque no científico, por resolver problemas inmaduros, es decir, problemas para los cuales

no existe un método estándar reconocido por una comunidad de especialistas”. Revisemos entonces las metodologías más conocidas para impartir esta asignatura. (Gómez, 2006 p.14)

En primer lugar, está el tema de los conocimientos. Aquí se abre un abanico de posibilidades para los maestros: enseñar a los filósofos que consideramos más destacados de su época, o presentar las distintas corrientes y a algunos de los representantes, o bien abordar sus textos de manera contextualizada, para no analizarlos en abstracto. La transmisión del patrimonio hace posible, entre otras cosas, conocer el recorrido del pensamiento. Esto permite interpretar el mundo desde un discurso filosófico formado por varias capas a lo largo de la historia del pensamiento e insertarse en la cultura occidental. (Lyotard, 1989, p.96)

Uno de los riesgos que presenta este método radica en que el maestro no es un especialista, sino que tenemos -en el mejor de los casos- ciertos conocimientos sobre cada autor y, al simplificarlos, se convierten en una especie de caricatura. Por ello, a menos que el profesor posea muchos recursos para motivar a los alumnos... se aburren.

En segundo lugar, están los problemas. Una alternativa para la enseñanza es presentar los problemas de la tradición filosófica y rastrearlos en el presente. Los alumnos pueden conocer las distintas respuestas que se han dado y entender cómo se relacionan con los contextos en los que surgen y se discuten. A veces el profesor enfoca la asignatura en problemas éticos, con la intención de transmitir la preocupación por el otro, y de que aprendan que entre el impulso y la acción debe mediar la razón. Este método, más activo que el primero, exige la misma condición: que el profesor logre interpelarlos.

En tercer lugar, está el énfasis en el razonamiento que busca desarrollar en los estudiantes habilidades lógico-argumentativas y comunicativas, ejercitarlos en la reflexión sobre problemas y educar la capacidad de juzgar. Estas habilidades son fundamentales, pero se corre el riesgo de creer que resolver ejercicios de lógica,

por ejemplo, es estudiar o hacer filosofía, cuando sólo se está trabajando con los instrumentos indispensables para abordarla. Es común que estas habilidades se desarrollen con ejercicios, lo cual mantiene activos a los alumnos. Sin embargo, aquellos que no logran resolver los ejercicios parecen quedar excluidos de la práctica filosófica.

En cuarto lugar está la problematización que busca relacionar la filosofía con problemas sociales y científicos actuales. Si bien es una variante de la anterior, posee una característica que la distingue y la vuelve más atractiva: muchos profesores trabajan a partir del aquí y del ahora, de la vida y los conflictos que enfrentan los alumnos, y lo hacen a través del diálogo. Al identificarse con las situaciones, se animan a participar en el debate. Esta dinámica puede resultar difícil a los docentes acostumbrados a exponer y a tener el control de la clase.

En quinto lugar se hace hincapié en las habilidades críticas. El desarrollo del pensamiento crítico es una de las grandes apuestas en la enseñanza de la filosofía, pero plantea una condición que no siempre se cumple: que el profesor tenga una actitud crítica ante la realidad. Que sepa formular preguntas cuestionadoras y que no cierre las dudas de sus alumnos con respuestas, sino que las alimente. El propósito es que los alumnos dejen de ver la realidad como algo dado, objetivo, como una evidencia que tenemos que aceptar. Que los alumnos tengan el espacio para dudar y se sientan motivados a preguntar -y preguntarse- para satisfacer su curiosidad y para encontrar los límites de las explicaciones.

Es imposible destacar alguna de las propuestas mencionadas porque los docentes son distintos y cada uno prepara su "collage" combinando distintas propuestas -o todas- con objetivos diversos: que los estudiantes tengan un panorama de los temas y problemas de los que se ha ocupado la filosofía, que desarrollen un pensamiento autónomo, un espíritu crítico, habilidades argumentativas y/o que aprendan a cuestionar, a problematizar la realidad. Desde nuestra perspectiva, esto se traduce en una palabra: filosofar. Queremos que los alumnos filosofen.

La pregunta incómoda por lo compleja, es. ¿Cómo lograrlo? La opinión de Rancière es ésta:

“Instruir puede, entonces, significar dos cosas exactamente opuestas: confirmar una incapacidad en el acto mismo que pretende reducirla o, a la inversa, forzar una capacidad, que se ignora o se niega, a reconocerse y a desarrollar todas las consecuencias de este reconocimiento”. (Ranciere 2007, p. 9). En otras palabras, forzar a los estudiantes a que reconozcan y desarrollen su capacidad de reflexionar. ¿Cómo? Llevándolos de los territorios conocidos a los desconocidos.

Cuando los alumnos responden a las preguntas de los maestros recurren más a la memoria que a su sentido común, que no suele ser tomado en cuenta. ¿Se trata de que superen-supriman ese sentido común con el que llegan a la escuela y se desenvuelven en la vida, o de que partan de éste, lo analicen, lo cuestionen, lo “refinen”?

Estamos, me parece, frente a un doble reto: por un lado, revalorar el sentido común -que no es un sentido individual, sino un sentido común a muchos, un sentido en comunidad, ciertas creencias compartidas con un grupo que nos brindan una sensación de pertenencia. (Paternotte, 2017) Además, los conocimientos y experiencias que incorpora el sentido común, al igual que las dudas, las creencias y las ideas que circulan, le permiten al conocimiento avanzar. (Stengers, 2022)

Al reconocimiento de las propias capacidades y el desarrollo del sentido común podemos sumar la propuesta de Alejandro Cerletti (2005): afirma que el punto de partida debería ser la actitud cuestionadora, crítica y desconfiada, del filosofar. Lo que se podría comenzar por enseñar es, entonces, esa mirada aguda que no quiere dejar nada sin revisar, esa actitud radical que permite problematizar los eventuales fundamentos o poner en duda aquello que se presenta como obvio o naturalizado. Y aceptar la insatisfacción, las respuestas que no llegan de afuera y, a menudo, simplemente no llegan. Cuando la insatisfacción se vuelve propia, sostiene Cerletti, se está empezando a filosofar.

¿Con qué obstáculos nos topamos los docentes cuando pretendemos que los estudiantes adopten una actitud filosófica? Falta de interés, flojera, incomodidad, ojos cerrados... Si a esto sumamos que a todos nos da miedo saber, que tememos exponer nuestras ideas y que recibimos las críticas como agresiones... no es

extraño que los jóvenes se sientan tentados por alguna de las numerosas distracciones que ofrece el aula.

Pero esforzarse para vencer una resistencia también brinda placer: lo vemos, por ejemplo, con el ejercicio físico y con la memorización. La resistencia muestra ya un deseo de saber, de saber mejor, de no dejarse engañar. Un deseo cuyo objeto es conocer “las tripas” de la realidad, lo que se juega “en lo oscuro”, de descubrir que lo dado no es inalterable..

Ese deseo es el deseo de filosofar, es a éste al que tenemos que dirigirnos: “Filosofía y filosofar se encuentran unidos, entonces, en el mismo movimiento, tanto de la práctica filosófica como de la enseñanza de la filosofía. Por lo tanto, enseñar filosofía y enseñar a filosofar conforman una misma tarea de despliegue filosófico, en la que profesores y alumnos conforman un espacio común de pensamiento.” (Cerletti 2005, p.20).

Filosofar con otros

En el Seminario de Filosofía en la ciudad¹ de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, decidimos conformar “un espacio común de pensamiento” fuera de las aulas, quisimos ver si era posible filosofar con las personas en un contexto distinto, menos formal, donde la gente pudiera pensar con los demás partiendo únicamente de su sentido común y de su deseo de saber. Optamos por el modelo de los cafés filosóficos que se iniciaron en Francia en los años 90 y rápidamente se extendieron a varios países.

Nos enfrentamos a muchísimas preguntas: la más importante era cómo motivar la participación de los asistentes. Y descubrimos que los temas de la filosofía y la vida se cruzan constantemente: a todos nos importa saber cuánto dura el amor, si mentir es inmoral, si siempre es preferible el perdón a la venganza. Sin embargo, la práctica “callejera” y dialógica nos presentaba algunas preguntas: ¿Cómo lograr que nadie

¹ Agradezco a la DGAPA el apoyo recibido a través de los proyectos PAPIIT 400321 y 400823.

se apropie de la palabra? Y nosotros mismos, ¿cómo aprender a escuchar a los demás? ¿Qué tipo de preguntas provocan la discusión? ¿Cómo renunciar al poder que adquirimos al entrar a un aula? ¿Cómo mantener viva la reflexión de manera que ninguna conclusión se imponga? ¿Cuál es la diferencia entre la autoayuda y los cafés filosóficos? ¿Entre un maestro y un animador? Estas preguntas nos acompañan desde el principio e impiden que nos acomodemos en un modelo rígido.

Un café filosófico es una actividad que se realiza en lugares abiertos al público. El propósito no es enseñar filosofía, sino que cada uno aprenda de su propia elaboración intelectual, de escuchar las intervenciones y de la confrontación de sus ideas con las de los demás. Cada uno, al exponer, se expone e inicia un diálogo

Los retos son muchos: convocar, motivar a los asistentes a elegir los temas y a dialogar, establecer un clima de respeto y cordialidad que estimule la participación, provocar y sostener un debate de calidad, dar coherencia al entramado que se va formando, promover una actitud de escucha, entender lo que cada uno —con su estilo propio— quiere comunicar, acompañarlo para que profundice en sus ideas y mantener el humor. Esto, bajo dos condiciones fundamentales: la hospitalidad y la democracia, entendida como la posibilidad de que cada uno se exprese libremente y de que todos tengan el mismo acceso a la palabra.

Pero el mayor desafío que enfrenta el animador es sostener el interés durante el encuentro, tomando en cuenta que no hay una exposición y que el hilo conductor puede hacerse nudos. El animador requiere la flexibilidad y la habilidad necesarias para pasar de un tema a otro sin extraviarse. Además, tiene que mostrar la autoridad y la tolerancia necesarias para evitar que algún asistente monopolice el micrófono y, además, propiciar las intervenciones, aunque nadie está obligado a hablar.

Una de las habilidades fundamentales que debe poseer y transmitir el animador es la de problematizar. Tozzi la define en siete puntos. Problematizar es:

- ser capaz de volver problemática nuestra relación con la certeza.
- la habilidad de plantearse preguntas filosóficas, de intuir un problema.
- poder cuestionar una pregunta.

- buscar un problema detrás (o debajo) de una pregunta.
- hallar una dificultad al definir una noción; es decir, ser capaz de identificar un problema en la definición de una noción.
- poner en evidencia una tensión que revela los desafíos filosóficos de una noción y precisa su relevancia antropológica.
- ser sensible a la complejidad. Es cultivar una «paleta de matices del pensamiento», apreciar esas «pequeñas palabras» que permiten discernir el valor o el alcance de una noción, o complejizar una interrogante. (2022)

Una buena problematización garantiza un buen debate. En éste las fuentes están como referencia, pero evitamos el “desfile de personalidades” para centrarnos en las ideas y que cada uno defienda las suyas basándose en argumentos. Los cafés filosóficos suelen ser abiertos, lo que significa que se trata de un grupo que se reconfigura permanentemente. La diversidad de ideas, intereses y experiencias brinda a la reunión riqueza y dinamismo. Otro elemento fundamental en los encuentros es el respeto: todos tienen derecho a discrepar, pero nadie a ofender. Durante un tiempo, se requiere de un esfuerzo sostenido para lograr un clima cordial en el que las agresiones sean frenadas de inmediato. Poco a poco, la dinámica del grupo va dando la pauta a las intervenciones: nos queda claro que filosofar consiste, más que conocer la historia de la filosofía, en hacerse preguntas sobre la propia historia..

Animamos cafés en parques, plazas, bibliotecas, cafés y universidades. Creamos el Filolab para formar animadores de cafés filosóficos y el Filolabcito para formar animadores de juguitos filosóficos, es decir, de filosofía con niños. Con los años y la experiencia, nos dimos cuenta de que las estrategias que utilizamos tienen una gran potencialidad para ser utilizadas por los docentes de cualquier asignatura.

Así dio inicio nuestra aún joven aventura en las escuelas. “Dinamitar las aulas: Estrategias de café filosófico para docentes”. Hemos dado cursos en escuelas públicas y privadas, y este mes comenzaremos a hacerlo en Educación Continua de la Facultad de Filosofía y Letras. A lo largo de los cursos y al final, hacemos una

evaluación y una autoevaluación. Lo que hemos visto es que si bien a algunos maestros les cuesta el cambio de formato a un aula más horizontal, más cuestionadora y más crítica, para otros la posibilidad de trabajar los temas del programa de una manera distinta, partiendo de lo cotidiano y estableciendo un diálogo con el grupo ha sido un hallazgo. Encontraron la forma de filosofar con sus alumnos en la mayoría de las materias, aunque sea a ratos, incluso en tiempos robados al curriculum.

Al inicio hablábamos de los distintos métodos para enseñar filosofía y adelantábamos que cada docente hace su propia combinación. Ésta es la vía que nosotros hemos encontrado para filosofar con otros -niñas, niños, jóvenes, jubilados, de cualquier profesión y origen-, construyendo un espacio en el que autorizamos y nos autorizamos a pensar con otros. El equipo de Filosofía en la ciudad ha aprendido mucho en estos 9 años de actividades en los PILARES, en la Biblioteca Vasconcelos, en IBBY, en El Rule, en Centros de Atención y Desarrollo del Adulto Mayor, en la casa de migrantes Tochán, en Zoom y en cafeterías de la CDMX. Nuestro nuevo desafío es el trabajo con la Secretaría de Cultura de la CDMX.

Para terminar, dejo aquí un fragmento “¿Por qué filosofar?” de Lyotard:

“Nuestra experiencia de una palabra viva no es la de la recitación de un discurso prefabricado. Es la de una puesta a punto ante el interlocutor, ante las preguntas que nos dirige y que nos obliga a dirigir hacia lo que pensábamos, hacia nuestro propio mensaje, o lo que creíamos que lo era. Es la experiencia de un juego, es decir de un intercambio, de una circulación de signos, y para que este intercambio no caiga en la pura y simple repetición, en la petrificación de los interlocutores en su respectiva posición, la comunicación implica también el intercambio de roles, implica que yo no sea simplemente yo-mismo con mis razones y mis pasiones, sino también el otro con las suyas, e implica del mismo modo que el otro sea también yo, es decir que el otro sea el otro de sí mismo, el distinto de sí mismo. (1989, p.129)

Bibliografía

Cerletti, A. (2005). "Enseñar filosofía: de la pregunta filosófica a la propuesta metodológica". *Revista Sul Americana de Filosofía e Educacao*, n. 3. Recuperado de: www.periodicos.unb.br.

Charabati, E. (2022) "La filosofía de café: el primer café filosófico en México", *Revista Internacional de Filosofía Aplicada HASER* [En línea] Núm. 11 (2020) pp. 81-82. Recuperado de:

[:https://revistascientificas.us.es/index.php/HASER/article/view/15038/13165](https://revistascientificas.us.es/index.php/HASER/article/view/15038/13165)

Gómez, A. (2006) *¿...Enseñar filosofía?* Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, Abril de 2006, p. 14.

Lyotard, J.F. (1989) *¿Por qué filosofar? Cuatro conferencias*, Barcelona, Paidós/I.C.E. - U.A.B., pp.80-81.

Paternotte, C. (2017). "Sens commun et connaissance commune". *Les études philosophiques*, 2017/4 n°123, p. 555-578. shs.cairn.info/revue-les-etudes-philosophiques-2017-4-page-555?lang=fr.h

Rancière, J. (2007). *El maestro ignorante: cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.

Stengers, I. (2022). *Reactivar el sentido común. Whitehead en tiempos de debacle y de negacionismo*. Ned.

Tozzi, M. (2022) "Problématiser: quelles compétences ?" *Diotime*, n°92 (11/2022) *Revue n°92 Problématiser : quelles compétences ?*

<https://diotime.lafabriquephilosophique.be/numeros/092/010/>

Vargas, G. (2013). "LA filosofía para niños y la ofensiva actual en contra de la filosofía". *Reflexiones Marginales* <http://reflexionesmarginales.com/3.0/17-la-filosofia-para-ninos-y-la-ofensiva-actual-en-contra-de-la-filosofia/>